

EPISTEMOLOGÍA E HISTORIA DE LA CIENCIA

SELECCIÓN DE TRABAJOS DE LAS XI JORNADAS

VOLUMEN 7 (2001), Nº 7

Ricardo Caracciolo

Diego Letzen

Editores



ÁREA LOGICO-EPISTEMOLÓGICA DE LA ESCUELA DE FILOSOFÍA
CENTRO DE INVESTIGACIONES DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons atribución NoComercial-SinDerivadas 2.5 Argentina



Sobre el status epistemológico de los enunciados normativos en economía

Pablo Sebastián García*

El propósito del presente trabajo es examinar la tensión existente entre las posiciones que admiten y las que rechazan la introducción de enunciados normativos en la Teoría Económica (TE) desde la posición subjetivista de la Escuela Austríaca, destacando que desde esta perspectiva existe una posición “imposicionista” de raíz kantiana que ofrecería la oportunidad de justificar de una manera más adecuada la admisión de enunciados normativos.

En efecto, la epistemología de la Economía se ha enfrentado frecuentemente al problema planteado por la escisión entre lo positivo y lo normativo en el discurso de la TE. Es conocida la posición de Mark Blaug en el sentido de que existen proposiciones económicas que con sutiles diferencias aparecen tanto en la esfera de la economía positiva como en la de la economía normativa. En otro lugar [“Acerca de la justificación de enunciados normativos en Economía”, en *Epistemología e Historia de la Ciencia*, vol. 4 (1998), número 4] hemos señalado, como una posible vía de solución, la adopción de una perspectiva utilitarista, debido a que la noción filosófica de “utilidad” constituiría algo así como un punto de solapamiento entre el discurso de la ética y el de la Economía, en especial en el caso de las así llamadas “mejoras paretianas potenciales”, por un lado, y los requerimientos éticos de equidad e igualdad de oportunidades por el otro. Sosteníamos entonces que la introducción de reformas en la sociedad a través de instrumentos de política económica podría fundamentarse, a la vez, desde un punto de vista ético y desde una perspectiva estrictamente económica. Así, un mismo enunciado, digamos P, podría fundamentarse a partir de una argumentación ética, señalando que contribuiría al aumento de la felicidad o utilidad en el seno de una determinada sociedad, y al mismo tiempo, podría fundamentarse a partir de una argumentación formulada en términos de teoría económica, sin que nos hallemos en una situación en la cual, con sutiles desplazamientos semánticos, estemos convirtiendo una mejora posible en una mejora deseable, que es lo que le preocupa a Blaug.

Un ejemplo de la posición que allí sosteníamos sería el siguiente: es conocida la decisión del Banco Mundial (BM) en el sentido de que su misión es combatir la pobreza. Ahora bien, cuando el BM afirma que el objetivo de su actividad es, en el límite, eliminar la pobreza, parece obvio que nos hallamos ante una afirmación de política económica que propone ejercer una intervención en el mercado para corregir una situación que se considera negativa desde un punto de vista valorativo. Para el caso, esta proposición podría fundamentarse a partir de una argumentación que partiera de una propuesta ética de tipo utilitarista, considerando por ejemplo la posición que Martín Farrel ha denominado “utilitarismo negativo” de Popper [“El utilitarismo negativo”, en F. Schuster: *Popper y las ciencias sociales*, Buenos Aires, 1992], que consiste en considerar como buenas aquellas acciones que tienden a minimizar el sufrimiento más bien que a maximizar la satisfacción. Pero, al mismo tiempo, esa misma proposición podría justificarse a partir de una argumentación

* Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires. CONICET SADAF

elaborada únicamente desde una perspectiva de economía positiva, en la medida en que es generalmente admitido, siguiendo una línea de análisis sugerida por Gary Becker (explicitada en el trabajo mencionado), que la situación de subconsumo en que se hallan los pobres impide el crecimiento del mercado y, por lo tanto, impide a los individuos tener mayores oportunidades de obtener una mayor satisfacción de sus necesidades, que es en definitiva el fin que persigue la economía de mercado. Debe notarse que no se está discutiendo, en el marco de la economía positiva, cuál sea la mejor estrategia para eliminar la pobreza. De lo que se trata es de determinar si la proposición “se debe combatir la pobreza” es una proposición “endógena” o “exógena” desde la perspectiva de la teoría económica. Hay autores (y puede interpretarse que Gary Becker sería uno de ellos) que no admitirían que “se debe combatir la pobreza” sea un enunciado genuino de teoría económica.

Ahora bien, existe otro modo de introducir en la teoría económica proposiciones del tipo mencionado sin caer en el conflictivo terreno de la división positivo/normativo. Tal sería la estrategia que, creemos, podría elaborarse a partir de la línea de análisis elaborada por la Escuela Austríaca, en especial para el caso de Mises. Exponer esta posibilidad es el objetivo de este trabajo, y a ello nos dedicaremos en las líneas que siguen.

Como señala Allen Oakley en *The Foundations of Austrian Economics: from Menger to Mises* [Chaltenham, U.K.: Edward Elgar, 1997, 7.2.4], Mises pensaba que el análisis económico debería realizarse considerando las particularidades de la acción humana. La disciplina que estudia la acción humana podría llamarse praxeología, y los conceptos y argumentos que la componen, desde un punto de vista epistemológico, son de carácter analítico y, como tales, su valor de verdad es independiente de toda consideración de la conducta humana observada. En este sentido, señala Oakley, se puede hablar de un aspecto kantiano en el pensamiento de Mises. En efecto, Mises presenta una orientación esencialmente kantiana en la fundamentación de su teoría económica cuando afirma, en su libro *The Human Action: A Treatise on Economics* [1949], que la mente humana no es una *tabula rasa* sobre la cual se inscriben los sucesos externos sino que, por el contrario, la mente contiene un conjunto de herramientas conceptuales que le permiten captar la realidad [op. cit., p. 35]. En el mismo sentido, Mises ha sostenido que la mente no es, como decía Locke, un *white paper* sobre el cual la realidad escribe su propia historia [en *Money, Method and the Market Process*, 1990, p. 48]. Esto significa que, en el caso de los animales, los objetos que se captan a través de la sensación, la percepción y la observación simplemente pasan frente a los sentidos, mientras que en el caso del hombre sucede algo completamente diferente: el hombre tiene la capacidad de transformar los estímulos sensibles en observación y en experiencia, y de este modo puede ordenar diferentes observaciones y experiencias en un sistema coherente. Así, aunque la vida y la realidad no son lógicas ni ilógicas en sí mismas, sino que son algo simplemente dado, la lógica es la única herramienta disponible que le permite al hombre alcanzar una comprensión de ambas. Dicho de otra manera, lo que conocemos es aquello que la naturaleza o la estructura de nuestros sentidos y de nuestra mente nos permite comprender: vemos la realidad no tal cual es sino solamente del modo en que nuestra mente y nuestros sentidos nos permiten verla.

Esta posición epistemológica se hace evidente en su tratamiento de la praxeología, cuyos conceptos y teoremas, sostiene Mises, son herramientas mentales que nos permiten aproximarnos a una captación más completa de la realidad. Para Mises, toda experiencia que tenga que ver con la acción humana está condicionada por categorías praxeológicas y

deviene posible solamente a través de la aplicación de tales categorías: si no tuviéramos en nuestra mente los esquemas propios del razonamiento praxeológico, nunca estaríamos en posición de discernir ninguna acción. Lo que Mises parece sostener, entonces, es que la Economía como ciencia se funda en una praxeología que no depende del examen de la conducta observable, ya que la praxeología no deriva de la experiencia sino que, por el contrario, la experiencia depende de la praxeología, cuyas categorías provienen de la estructura lógica de la mente humana. Y es por esta razón que es necesario imponer las herramientas mentales sobre los datos sensibles para ordenarlos de un modo sistemático y transformarlos de este modo en hechos de experiencia.

Coherentemente con esta posición kantiana, Mises sostiene que los conceptos involucrados en nuestros procesos cognitivos no pueden provenir de la realidad sino solamente del pensamiento. La ciencia no puede captar la vida directamente: lo que la ciencia capta en su sistema de conceptos es siempre algo diferente de lo real.

Sin embargo, observa Oakley, la posición de Mises debe ser examinada con cuidado para no malinterpretar las intenciones de su pensamiento. Es razonable interpretar la epistemología de Mises como kantiana y su *a priori* como una forma de "imposicionismo", en el sentido de que el conocimiento del mundo real es el producto combinado de la experiencia sensorial y de las estructuras *a priori* preexistentes en la mente humana: las estructuras *a priori* se combinan con los casos inmediatamente observados de acciones humanas para generar de este modo un conocimiento empírico y de carácter histórico. En este sentido puede advertirse un paralelismo con su antecesor, Carl Menger, quien sostuvo que no tenía sentido tratar de testear la validez de una teoría exacta comparándola con observaciones del mundo real o con los resultados de una recolección de datos empíricos, para lo cual elaboró un modelo cognitivo peculiar y muy discutible según el cual habría una "regla cognitiva" que se sigue de las "leyes del pensamiento" y dice que si se observan dos fenómenos, A y B, ambos "estrictamente típicos", y se observa que inmediatamente después de ellos se produce un tercer fenómeno, C, también "estrictamente típico", entonces, bajo exactamente las mismas condiciones, C se producirá siempre después de A y B.

Ahora bien, si aceptamos las observaciones de Mises en el sentido de que la praxeología, como disciplina *a priori*, determina la acción empírica, nos hallamos muy cerca de la posición kantiana que sostiene que una acción moral consiste en la determinación racional de la voluntad. Como es obvio, la conciliación del "imposicionismo" austriaco con el kantismo en la esfera de la ética sólo puede formularse, por el momento, a modo de programa de investigación, pero lo importante es que no parece haber, en principio, razones que impidan transitar este camino para intentar compatibilizar una perspectiva ética de inspiración kantiana con las líneas principales de la teoría económica.